

había señalado por un exclusivismo en favor de los godos que no podía menos de agriar á los españoles. Poquísimos pormenores dan las historias sobre el destronamiento de Witiza y la elevación de Rodrigo: ni aun se sabe con certeza, como hemos apuntado, cómo y dónde fué la muerte del primero. Tal es la escasez ó falta de datos de aquel tiempo. El cronicón Moissiacense dice que reinó siete años y tres meses; por cuya cuenta debió morir en febrero de 709.

CAPÍTULO VIII

RODRIGO, ÚLTIMO REY DE LOS GODOS (1)

De 709 á 711

Bandos y discordias que dividían el reino.—Los hijos de Witiza.—El metropolitano Oppas.—Causas que fueron preparando la ruina de la monarquía.—Desmoralización de los monarcas, del clero y del pueblo.—Discúrrese sobre la autenticidad de los amores de Rodrigo y la Cava.—Situación de los árabes en Africa.—Sus tentativas de invasión en la Península.—Instigaciones de los judíos —Idem de los partidarios de Witiza.—El conde Julián.—Conducta de Muza.—Resuélvese la invasión y se realiza.—Primer choque entre el africano Tarik y el godo Teodomiro.—Preparativos de Rodrigo para la resistencia —Memorable y funesta batalla de Guadaleta.—Triunfo de los mahometanos.—Muerte de Rodrigo y destrucción del reino godo.—*El llanto de España.*

Tócanos referir en este capítulo uno de los acontecimientos más graves, una de las catástrofes más terribles, una de las más espantosas revolucio-

(1) No sabemos por qué nuestros historiadores comienzan á dar al último rey godo el título de honor *Don*, con que no han nombrado á ninguno de sus predecesores. Aplícanle ya, no sólo á *Don Rodrigo*, sino también á *Don Oppas*, á *Don Julián*, á *Don Pelayo*, etc., sin que podamos explicarnos la razón de esta novedad. Un historiador antiguo, Trelles, dice haberle sido dado este tratamiento á Pelayo por primera vez cuando reunió sus gentes para resistir á los sarracenos. Creemos, no obstante, que no tuvo uso en España por lo menos hasta el siglo x. El antenombre *Dom*, contracción del *Dominus*, comenzaron á usarle los papas por humildad, reservando á Dios el apelativo entero. De los papas pasó á los obispos, abades y otros dignatarios de la Iglesia, de los cuales descendió á los monjes. En Francia le usaron los cartujos y benedictinos, y así son conocidas las obras de *Dom Poirier*, *Dom Bouquet*, *Dom Calmet*, etc. Afirman varios autores haber comenzado á aplicarse en España el *Dom* los judíos, de donde vino á hacerse en algún tiempo dictado de humillación y afrenta. Mas luego lo fué de nobleza y jerarquía, y aun se elevó á los santos y al mismo Jesucristo. Así hallamos en el poeta Gonzalo de Berceo:

*En el nomne del Padre que fizo toda cosa,
et de Don Jesuchristo, fijo de la Gloriosa.*

Y también se aplicó á las divinidades paganas, como se ve en el Arcipreste de Hita:

*Señora Doña Venus, mujer de Don Amor,
Noble dueña, omillome yo vuestro servidor.*

De todos modos creemos haberse aplicado inoportunamente al rey Rodrigo, así como á los demás personajes que figuran en su época.

nes, acaso la mayor que ha sufrido España, y con dificultad se leerá otra más grande, más repentina y más completa en los anales de la humanidad. Porque caer derrumbada en un solo día una monarquía de tres siglos, verse de repente invadido un gran pueblo, vencido, subyugado por extrañas gentes, que hablaban otra lengua, que traían otra religión, que vestían otro traje, venir unos hombres desconocidos, de improviso y sin anunciarse, casi sin preparación, apoderarse de un antiguo imperio, pelear un día para dominar ocho siglos, desaparecer como por encanto todo lo que existía, y sorprender la muerte á una nación casi tan de repente como puede sorprender á un individuo, es ciertamente un suceso prodigioso de los que rarísima vez acontecen en el trascurso de los siglos. ¿Cómo se verificó tan súbita mudanza? ¿Qué causas la prepararon y la condujeron al término y remate que tuvo?

Fatalidad es que cuanto más se aproxima un grande acontecimiento, cuanto más importante es un período histórico, más hayan de escasear los documentos auténticos contemporáneos, menos luces, más oscuridad, más incertidumbre y confusión haya de envolver y rodear la historia. No parece, dice un escritor de nuestro siglo, sino que en la turbación de aquella crisis fatal no había quien tuviese tiempo para anotar y transmitir los pormenores de acontecimientos tan interesantes. Y así fué en verdad que no le tuvieron para escribir los hombres de aquel tiempo. Período por lo tanto tan fecundo para los poetas como tormentoso para el historiador, cuya misión es brujulear la realidad por entre el silencio ó las escatimadas palabras de los unos, y por entre las abundantes fábulas y prolifas ficciones de los otros.

Es no obstante fuera de duda, que encumbrado Rodrigo (Ruderich), de la sangre real de Chindasvinto, en brazos de un partido, y vencido y castigado Witiza, de la familia de Wamba, acaso con el mismo género de castigo que aquél había empleado con el padre del nuevo rey, quedó el reino godo miserablemente dividido en bandos y parcialidades, que le destrozaban y destruían, defendiendo unos al monarca reinante, trabajando otros y conspirando en favor de la familia del monarca destronado. Los jóvenes hijos de Witiza, Sisebuto y Ebas, y su tío el metropolitano de Sevilla, Oppas, hombre á lo que parece activo, revoltoso y enérgico, así como sus amigos y parciales, veían con enojo el cetro de la nación goda en manos de un enemigo de su linaje y partido; mirábanle como un usurpador, y aunque no podían alegar el derecho de herencia que las leyes godas no reconocían, punzábanlos por una parte el deseo de vengar el agravio recibido, por otra el empeño de entronizar á alguno de los hijos de Witiza por los mismos medios de que á su vez se había valido el hijo de Teodofredo. Ardía la nación en discordias, hervían las ambiciones, y las maquinaciones y conjuras traían revuelto el reino é inquieto y desasosegado al rey. Ayudaba al desconcierto del Estado la inmoralidad que en los últimos reinados había cundido, y no era ciertamente el nuevo monarca el que la curaba con su prudencia ni la corregía con su ejemplo.

Habíanse en efecto depravado y corrompido en los últimos reinados las costumbres del pueblo hispano-godo, así por parte de los eclesiásticos como de los legos, hasta el punto que con harta evidencia lo demuestran

los cánones de los concilios. Los decretos sinodales, aunque fuertes y severos, no bastaban á reprimir la incontinencia, el fausto y profusión en que el clero vivía; y de aquí puede colegirse cuáles serían las costumbres de los seglares: tolerábase el concubinato público; y la fidelidad conyugal, tan respetada de los antiguos godos, era ya frecuentemente y sin recato quebrantada. El lujo, la sensualidad y los desarreglos de Witiza, su ejemplo y sus leyes, habían contribuído mucho á que corriera desbocado el pueblo hacia la desmoralización, y lejos de detenerle en tan funesta carrera Rodrigo, empujábale más con sus imprudencias, sus liviandades y sus desórdenes, vicios con que oscureció otras prendas que á la naturaleza debía, tales como su liberalidad, su firmeza, resolución y aún osadía de ánimo.

Cualidades eran estas que gradualmente habían ido perdiendo los godos apenas pasados los tiempos de Recaredo. Aquella energía militar que

*Egitania**Toletum*

RODRIGO

los había hecho tan terribles cuando eran un pueblo conquistador, habíase ido enervando desde que la vieja espada gótica se había sometido al cayado episcopal, y sobre todo desde que se habían entregado á los goces y deleites de la vida muelle y delicada. Chindasvinto y Wamba habían logrado resucitar momentáneamente el vigor varonil de los antiguos visigodos, pero había vuelto á apagarse en los flacos reinados sucesivos, y nadie hubiera podido reconocer en los afeminados godos de Egica y Witiza á los belicosos y esforzados guerreros de Eurico y Leovigildo. Y un pueblo así viciado, estragado y dividido, compréndese cuán poco podría resistir al empuje de otro pueblo vigoroso y fuerte, en el caso de verse invadidos á su vez los que en otro tiempo habían sido invasores.

Contaban los parciales de la familia de Witiza y los descontentos de Rodrigo con el apoyo y protección del conde Julián, gobernador de Ceuta, plaza litoral de la Mauritania, que hacía tiempo, se cree que desde el reinado de Sisebuto, pertenecía á los godos españoles. Este personaje de funesta celebridad histórica, y á cuyo nombre va unido el recuerdo doloroso de la pérdida de España, tenía injurias personales que vengar del rey, y satisfacción de agravios propios que tomar ¿Qué clase de ofensas eran las que había recibido?

No habrá un solo español que ignore la célebre aventura de los amores de Rodrigo y la Cava. Acaso entre las tradiciones de los pueblos no habrá ninguna que haya tenido la boga y alcanzado la popularidad que ésta.

Cuentan las crónicas, que, entre las damas que en su corte tenía el rey

Rodrigo, había una que se señalaba por su singular belleza, llamada Florinda, ó la Cava (1), hija de aquel conde Julián. Tuvo Florinda la desgracia de parecer bien al rey, el cual (dicen), en ocasión que la linda joven se bañaba ó salía del baño con varias de sus amigas y compañeras, vió desde una ventana de su palacio más de lo que el recato y pudor de Florinda hubiera, si imaginase que había quien la mirara, consentido, y más de lo que era menester para inspirar no tanto amor como pasión á un monarca cuya virtud no era ciertamente la continencia y la honestidad. Desde entonces no cesó el rey de perseguirla con amorosos requiebros. « Despues que el rey (dice la *Crónica del rey don Rodrigo*), ovo descubierto su corazon á la Cava, no era día que no la requiriese una vez ó dos, y ella se defendia con buena razon. Empó á la cima, como el rey no pensaba tanto como en esto, un día en la siesta envió con un doncel por la Cava, y ella vino, etc. » La crónica refiere con una minuciosidad, que nosotros no imitaremos, desde el principio hasta el fin de esta lucha amorosa, cuyo resultado fué, que viendo Rodrigo que por el camino de la seducción, de los ruegos y de las persuasiones no le era posible vencer la virtud de Florinda, cumplió por la fuerza lo que por la voluntad no había podido recabar. Disimuló aquélla su enojo, hasta que halló ocasión de informar á su padre de la deshonra que el rey la había hecho, con lo que encendido en cólera el conde Julián, juró vengar la afrenta de su hija y lavarla con la sangre del malvado forzador (2).

He aquí el famoso suceso que, al decir de nuestros antiguos cronistas é historiadores, desde el monje de Silos y el arzobispo don Rodrigo hasta Mariana y Ferreras, dió motivo al conde Julián y á los parientes de Witiza sus amigos para llamar á los árabes y moros de África y traerlos á Es-

(1) *Cava* en idioma árabe equivale á mujer de mala vida, lo cual se aviene muy mal con la virtud que se supone en la bella Florinda. Así los que la añadieron este sobrenombre, obraron ó con demasiada malicia, ó con demasiada candidez. Lucas de Tuy dijo ya: *Cava quam pro concubina utebatur*.

(2) Mariana inserta íntegra la carta (bien distinta por cierto, y nada parecida á la de la crónica arábica), que dirigió á su padre la desconsolada Florinda confiándole su cuita. Refiere en seguida nuestro historiador todos los pasos que con este motivo dió el ofendido conde. Tampoco omite la famosa aventura del palacio encantado de Toledo, en que se empeñó en penetrar el temerario Rodrigo, con lo de los lienzos pintados que halló en la misteriosa caja, representando figuras de moros, con un rótulo en latín que decía: *Por esta gente será en breve destruída España*. En la Crónica del rey don Rodrigo impresa en Valladolid en 1527, se ve un tosco grabado en madera, que representa el acto de abrir la torre ó palacio encantado, en que se encerraban los destinos de España. Un hombre armado de enormes tenazas está descerrajando la puerta: á su lado se ve al rey con las vestiduras reales: á los pies de don Rodrigo un obispo arrodillado en actitud de disuadirlo de su empresa: un noble godo, con las manos levantadas al cielo, expresa la admiración que le causa la temeridad del rey y los temores de su resultado: el continente del rey es fiero y denota resolución.

Estas bellas fábulas, tan propias del gusto de la edad media en que se inventaron, y que han ido conservando nuestros historiadores, creídas por unos y respetadas por otros, han dado argumento y materia abundante á los poetas nacionales y extranjeros, antiguos y modernos, para multitud de romances, odas, leyendas, dramas y novelas curiosas, de que podríamos citar no escaso número.

pañía. Los críticos modernos, por el contrario, desechan la anécdota por apócrifa y fabulosa. Conocemos los fundamentos y razones en que estos últimos apoyan su juicio, y creemos haber visto todo lo que se ha escrito, que es mucho, en pro y en contra de la autenticidad de este acaecimiento ruidoso. Es ciertamente notable que ni Isidoro Pacense, único escritor contemporáneo, y el que mejor informado debió hallarse del suceso que se supone, ni otros posteriores cronistas españoles dijieran una sola palabra de aquellos amores funestos, y que no se hallen mencionados hasta el monje de Silos que escribió cuatro siglos después de aquella época, el cual parece lo tomó á su vez del árabe Ben Alcuthya, autor de escaso crédito entre los suyos, muy posterior también á los sucesos y á quien adicionó su discípulo Abulcacim Tarif Abentarique, conocido por lo fabulista, si es que no inventó su historia el español Miguel de Luna que nos la dió por traducción. Los autores árabes de Conde tampoco hablan de los amores de Rodrigo con la Cava; y Al Makari, traducido al inglés por Gayangos bajo el título de *History of the Mohammedan dynasties*, los niega como fabulosos (1). Graves son en verdad estas razones en contra de una de las más popularizadas tradiciones españolas. Mas no negarán tampoco los más duros impugnadores de la tradición, que si la historia no la ha hecho evidente, la razón por lo menos la hace verosímil, y que lejos de repugnar al buen sentido como muchas que se mezclan en las historias de todos los pueblos, el hecho no habría estado en disonancia con la conducta y costumbres que la generalidad de los historiadores atribuye á Rodrigo. Nosotros, por lo tanto, no nos constituiremos ni en defensores ni en impugnadores de la autenticidad del hecho de la violación, puesto que con él y sin él nos sobran causas para explicar el suceso de la invasión de los árabes y creemos que de todos modos, por las razones que vamos á exponer, se hubiera verificado.

Hallábanse los árabes, después de haber paseado sus pendones victoriosos por la Persia, la Siria y el Egipto, en posesión de la Mauritania, subyugada por las armas del Profeta como aquellas otras regiones. Habíanse

(1) Lib. 4, cap. 1.

El autor de los *Preliminares cronológicos para ilustrar la Historia de la España árabe* ha reunido en un opúsculo (edición de la Imprenta Real, 1797) casi todo lo que puede desearse para ilustrar este tan debatido punto histórico. Después de analizar y cotejar con escrupuloso y detenido examen crítico todas las crónicas árabes y españolas que han hablado ó debido hablar de este suceso, concluye por negarle también y por desecharle como apócrifo. Pero en nuestro entender este hábil y entendido orientalista ha llevado su incredulidad demasiado lejos, pues niega igualmente la excitación de los parientes de Witiza y del conde Julián al emir africano, y aun intenta probar que no medió la traición que se supone de parte del dicho conde Julián (en la cual, sin embargo, convienen las más respetables crónicas ó historias árabes y cristianas), ni Ceuta pertenecía ya á los godos, ni Julián era el gobernador de aquella plaza, ni siquiera español, sino un Ilián, Julián, ó Elia, que hacía más de treinta años se hallaba ya al servicio de Muza. Mas el ilustrado autor de los *Preliminares* (que sin duda fué el erudito D. Faustino Borbón) pudo en todo esto padecer error, como lo padeció respecto á la época en que fué alzado por rey de los godos Rodrigo, cuyo error le hace tropezar con multitud de dificultades para poder combinar los hechos que precedieron á la invasión de los árabes.

detenido sus estandartes ante las olas del mar que los separaba de España, pero no se había extinguido ni el ardor bélico, ni el entusiasmo de los triunfos, ni el afán de la conquista. El gobernador de África, Muza ben Noseir, desde las ventanas de su palacio de Tánger podía dirigir una mirada ambiciosa hacia las costas de la Península separadas por el Estrecho, y en sus silenciosas meditaciones acaso habría medido ya el tiempo y el espacio que necesitaría para franquear la barrera que había contenido su marcha victoriosa. «Un paso más, diría, y un nuevo mundo se abre á mis conquistas.» Ya en tiempo de Wamba habían hecho los hijos del desierto una tentativa seria sobre las playas españolas; tentativa que la energía de aquel monarca godo había logrado frustrar con la destrucción de la flota sarracena. No hubo de renunciar por esto el pueblo árabe, joven, robusto y guerrero como entonces era, á sus designios sobre España; mucho más cuando los moradores de Tánger y otros africanos no cesaban de ponderar á Muza la suave temperatura de España, la calidad y abundancia de sus plantas y frutos, su claro y sereno cielo, sus grandes y ricas ciudades. «Es, le decían, una tierra maravillosa, fértil y bella como la Siria, templada y dulce como el Yemen, abundante como la India en aromas y flores, parecida al Hegiaz en sus frutos, al Catay en la producción de metales preciosos, á Adena en la fertilidad de sus costas (1).» ¿Qué faltaba á este cuadro tentador? Otras excitaciones todavía, y éstas vinieron.

Los judíos de España, duramente tratados desde el concilio cuarto de Toledo, vejados, oprimidos, esclavizados, proscritos desde el reinado de Sisebuto, habían muchos de ellos, según en su lugar dijimos, refugiándose en África huyendo de la persecución y del bautismo forzoso. Este pueblo, tan tenaz en sus rencores como en sus creencias, había ido aglomerando en su corazón gran depósito de odio contra los monarcas godos que tan desapiadadamente le trataban. Aviesos é incorregibles ellos, y duros é intolerantes los concilios y los reyes, meditaban los judíos la ruina de sus opresores. En el reinado de Egica se averiguó que los de España se habían concertado con los de África para perder el reino (2), y nuevos rigores se emplearon contra la raza maldecida. Fuese por templar su enojo ó por otras causas, Witiza había alzado el anatema que pesaba sobre los judíos y dádoles, si no protección, por lo menos seguridades y consideraciones, cosa que había disgustado á muchos como contraria á los cánones y á las leyes. Destronado Witiza, y puesto el cetro en manos de Rodrigo, no esperaban sino nuevas calamidades y rigores. En tal situación, y viendo revuelto y desconcertado el reino, nada más natural, atendidos todos los precedentes, que los que ya en tiempo de Egica habían conspirado en Africa contra una dominación que aborrecían, instigaran de nuevo á los musulmanes y aun se ofrecieran á ayudarlos á derrocar el poder de los godos. La confianza que de ellos hicieron los sarracenos al tiempo de la conquista prueba que obraban ya de concierto los sectarios de Mahoma y los secuaces de la ley de Moisés.

Á su vez los partidarios y parientes de la familia de Witiza, y princi-

(1) Conde, *Dominación de los árabes en España*, part. I, cap. VIII.

(2) Conc. Tolet. XVII.

palmente el obispo Oppas y el conde Julián, ansiosos los primeros de derrocar al que llamaban usurpador, ardiendo el último en ira y aguijado del deseo de hacer expiar á Rodrigo, ó bien la afrenta y deshonor de su hija, ó bien otra grave injuria que de él recibiese, instaron también á Muza á que invadiera la Península, pintándole la empresa como fácil, atendida la inexperiencia del monarca, el disgusto con que le miraba el pueblo, el desconcierto de la nación, los bandos y facciones que la dividían, y el abandono y relajación de la disciplina militar en que habían caído los godos. Tales instigaciones no podían dejar de halagar al emir africano, que acaso llevaba ya en su cabeza el pensamiento de la conquista. Pero tan prudente y sagaz como emprendedor y resuelto, quiso antes consultar con el califa Walid (Al Valyd), que ocupaba el trono de Damasco, el cual, entusiasmado con la idea y esperanza de que se cumpliera la predicción del Profeta que prometía á sus discípulos el Oriente y el Occidente, apresuróse á enviar á Muza amplios poderes, y éste se preparó á realizar la invasión (1).

Circunspecto y cauto todavía el árabe, envió primero á Tarif, caudillo africano, con quinientos hombres (cien árabes y cuatrocientos berberiscos) en cuatro grandes barcas, á hacer un reconocimiento de exploración en la costa. Abordaron estas gentes á la opuesta orilla, desembarcaron en el sitio que del jefe de esta primera expedición se llamó Tarifa (año 91 de la hégira, julio de 710), recorrieron algunos pueblos del litoral, tomaron ganados é hicieron algunos cautivos, y con esto regresaron impunemente á Tánger á dar cuenta á Muza del feliz resultado de su expedición. Convencido con esto Muza de la exactitud de las noticias de Julián, y considerando el éxito de esta primera tentativa como un buen agüero y presagio de la prosperidad de sus armas, preparó otra segunda y más respetable expedición para la primavera siguiente. Todos querían ya pasar el Estrecho y ver con sus ojos un país de que oían contar tantas maravillas. Encomendó el mando de esta segunda flota, en que iban ya doce mil berberiscos y algunos centenares de árabes, al intrépido africano Tarik ben Zeyad. Dicen que el mismo conde Julián los guiaba. Desembarcaron esta vez los sarracenos en una península cubierta de verde, que denominaron *Alghezirah Alhadra* (isla verde, hoy Algeciras). Desde allí pasaron á atrincherarse en el monte Calpe, que desde entonces se llamó *Gebal Tarik* (monte de Tarik, ahora Gibraltar). Terminaba el mes de abril de 711. Tres siglos hacía que los godos habían invadido por la opuesta frontera esta misma España que ahora iban á perder.

Vigilaban ya la costa los cristianos, alarmados con el ruido de la primera invasión; y Teodomiro (á quien los árabes nombraban Tadmir), jefe superior de Andalucía, con un cuerpo de mil doscientos á mil setecientos jinetes que pudo reunir, se presentó intrépido á atacar á los invasores. ¿Cómo con tan escasa gente podía detener el ímpetu de los africanos? Los cristianos se vieron envueltos y acuchillados, y entonces fué cuando Teodomiro escribió al rey aquella célebre carta: «Señor, aquí han llegado gen-

(1) Conde, part. I, cap. VIII.—Al Khatib, *Hist. de Granada*.—Roder. Toletan. De Reb. Hisp. lib. III.

tes enemigas de la parte de África, que por sus rostros y trajes no sé si parecen venidos del cielo ó de la tierra: yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir su entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y á la impetuosidad suya: ahora, á mi pesar, acampan en nuestra tierra: ruégoos, señor, pues tanto os cumple, que vengáis á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar: venid vos, señor, en persona, que será lo mejor.»

Llenó la nueva de espanto á Rodrigo, que según Al Makar se hallaba ocupado en sujetar á los inquietos cántabros, y reuniendo á sus parciales, apresuróse á hacer levas de gente con ayuda de los condes y prelados, á los cuales se agregaron, á lo que se cree, los mismos hijos y parciales de Witiza con el metropolitano Oppas, fingiendo deponer sus rivalidades y querellas interiores para resistir á los invasores extranjeros. No puede suponerse, en verdad, que hubieran llevado los enemigos de Rodrigo su despecho y su perfidia á tal extremo, que fuera su ánimo causar la ruina y pérdida total de España, pérdida y ruina en que al cabo se vieron envueltos ellos mismos, y entregarla á los musulmanes. Creerían, y acaso lo concertaran así, que destronado Rodrigo, su principal objeto, habrían de contentarse aquéllos ó con un tributo ó cuando más con la posesión de alguna parte del territorio español, como en tiempo de Atanagildo había acontecido con los griegos imperiales, buscados como éstos por auxiliares para destronar un rey. Consolémonos, mientras otra cosa no se pruebe, con fijar límites al encono y la traición, que también suelen tenerlos.

Entretanto los musulmanes difundían el terror por las tierras de Algeciras y Sidonia, llegando hasta las márgenes del Anas (*Al Uady Anas*, el río Anas); y noticioso Tarik de los preparativos de Rodrigo, había pedido también refuerzos á Muza, que le envió otros cinco mil jinetes africanos, á los cuales se incorporaron algunos judíos. Con este socorro, habiendo hecho quemar Tarik las naves para que no quedara á los suyos ni otra esperanza ni otra elección que la victoria ó la muerte, salió denodadamente en busca del ejército cristiano, que en número de noventa á cien mil hombres, mandados por el monarca en persona, pero gente la mayor parte allegadiza y mal armada, llenaba ya los campos de Andalucía. Incorporóseles Teodomiro con el resto de los suyos. Encontráronse ambos ejércitos á orillas del Guadalete, cerca de donde hoy está Jerez de la Frontera. Allí era donde iba á darse la batalla sangrienta que había de decidir del destino de la nación godohispana. Eran los últimos días de julio del año del Señor 711.

Godos y sarracenos, cristianos y musulmanes se miran de frente. La religión de Jesús se halla en presencia de la religión de Mahoma. ¿Por qué va á permitir Dios que el acero haya de decidir cuál de las dos ha de triunfar en España? Inescrutables son sus juicios y podemos á veces presumirlos, pero no penetrarlos. Los árabes, á quienes el Profeta había prometido la herencia de toda la tierra, marchaban al combate con el entusiasmo de una religión á que creían deber todos sus triunfos: los españoles iban á pelear en defensa de sus vidas, de su patria y de su fe. Los sarracenos eran muy inferiores en número: había cuatro cristianos para cada musulmán, dicen sus crónicas. Pero los godohispanos habían perdido su antiguo vigor

con las dulzuras de una larga paz: los sarracenos estaban aguerridos con cien recientes campañas. El uno era un pueblo viejo y debilitado; el otro un pueblo vigoroso y joven. Los cristianos, vestidos de lorigas y armados los unos de lanzas y espadas, los otros de hondas, hachas, mazas y guadañas cortantes, lo primero que habían podido haber á las manos: los musulmanes, con sus turbantes en la cabeza, su arco en la mano, su alfanje colgado al cuello, su lanza al costado, sus albornoces blancos, encarnados ú oscuros, montados en alazanes ligeros como el viento: á la cabeza de los cristianos el rey Rodrigo, en su carro bélico incrustado de marfil, con corona en la cabeza y clámide de púrpura bordada de oro sobre los hombros.

Dió principio la pelea al despuntar el día: cristianos y sarracenos se arremetieron con igual brío y coraje: temblaba, dicen los historiadores árabes, bajo sus pies la tierra, y resonaba el aire con el estruendo de los tambores y añafles, con el sonido de guerreras trompas y con el espantoso alarido de ambas huestes. Mantúvose igual la lid todo el día, hasta que la noche vino á poner tregua á tantos horrores. Recomenzó la lucha al rayar el alba del siguiente, «y el horno del combate permaneció encendido desde la aurora hasta la noche.» Al tercero comenzaban á flaquear los sarracenos. Tarik recorrió las filas á caballo, y arengó á los suyos diciendo: «¡Oh musulimes, vencedores de Almagreb! ¡á dónde vais? ¡dónde pensáis encontrar asilo? El mar está á vuestra espalda, y delante tenéis el enemigo: no hay remedio sino en vuestro valor y en la ayuda de Dios. ¡Guallah (por Dios)! Yo acometeré á su rey, y le quitaré la vida, ó moriré á sus manos.» Y arrojando el acicate á su caballo partió en busca de Rodrigo, siguiéndole ya reanimados los musulmanes. ¿Qué fué lo que les infundió tanto aliento cuando iban ya de caída? ¿Fué sólo la arenga de Tarik, ó fué acaso la defección de los hijos de Witiza, del prelado Oppas y sus parciales, que vieron llegado el caso de consumir su traición y su venganza, y abandonaron á Rodrigo ó se pasaron á los árabes? Muchas crónicas lo afirman, y así inducen á sospecharlo los antecedentes, aunque otras lo nieguen, y algunas de los árabes lo omitan. Con esto los africanos arremetieron á manera de torbellino las primeras filas cristianas: Rodrigo, sin embargo, no desmaya, antes crece su arrojo, y pelea con bravura: ¡inútil esfuerzo aunque laudable! ¡En aquel momento se cumplía el destino fatal de España! El desventurado monarca perece en el calor de la pelea herido por la lanza misma de Tarik, y ahogado con su caballo en las aguas del Guadalete. Los escritores árabes añaden que su cabeza fué enviada á Muza como testimonio y trofeo de la victoria (1).

(1) Por no multiplicar notas y aglomerar citas, interrumpiendo y cortando á cada paso el hilo de la narración, no hemos ido anotando la multitud de variantes que se observa en los autores sobre cada incidente y circunstancia de este memorable suceso. Además de lo que hemos indicado acerca de los célebres amores de Rodrigo y la Cava, hay quien pretende eximir de la culpa y nota de traición al obispo Oppas, y al mismo conde Julián. Cuéntase de diferentes maneras la embajada y consulta de Muza al califa Walid. Cuestionase si fueron una ó dos las expediciones exploratorias que precedieron á la invasión formal: si Tarif y Tarik, ó Tarek, fueron dos distintas ó una misma persona. Se ha disputado mucho y variado no poco sobre el año de la invasión y sobre el mes en que se dió la famosa batalla: si duró sólo tres días ó duró ocho: si acompañaban

Privados los cristianos de su rey y caudillo, desordenáronse descorazonados y llenos de pavor. Los árabes y berberiscos hicieron entonces espantosa carnicería en los hispano-godos, cebáronse en ellos por mucho espacio, y murieron tantos, «que sólo Dios que los crió, dice un escritor árabe, los podría contar.» La tierra quedó cubierta de cadáveres, y las aguas del río tintas de sangre noble. Por mucho tiempo se vieron en los campos los despojos, las rotas armaduras y los huesos blanquecinos de los godos.

¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado! (1)

Fué esta última batalla memorable en viernes 31 de julio de 711, el 5 de la luna de Xawal del año 92 de la hégira. Acabó en las riberas del Guadalete la monarquía goda; desplomóse el trono de Ataúlfo, de Recaredo y de Wamba; perecieron su libertad y sus leyes: sopló el viento de África, y cayó derrumbado el imperio de tres siglos: el estandarte de Mahoma temblará en los templos cristianos, y costará ocho siglos de lucha el abatirle. En todos los ámbitos de España resonó un quejido de dolor. Cinco siglos después de la catástrofe pintaba el rey sabio el *Llanto de España* con los siguientes tiernos y elocuentes rasgos en el idioma de su tiempo:

«Después que la batalla fué acabada, desventuradamente fueron muertos los unos é los otros.... E fincára toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, complida de apellido, huésped de los extraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda é asolada de los sus hijos, confundida de los bárbaros, desmedrada por llanto é por llaga, fallescida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de conorte, asolada de los

ó no á Rodrigo los hijos de Witiza y el metropolitano Oppas, y si le abandonaron ó no en el combate y se pasaron á los sarracenos. Niegan algunos que se presentara el rey en la batalla en lujoso carro y con todo aquel aparato de majestad. Hácenle unos morir alanceado por el mismo Tarik, otros ahogado con su caballo Orelia en las aguas del Guadalete, y aun no falta quien crea lo de haberse salvado y huído á la Lusitania, donde pasó el resto de sus días haciendo penitencia; á lo cual ha contribuído aquello del sepulcro hallado dos siglos más tarde en Visco. con la inscripción: *Hic requiescit Rodericus, ultimus Rex Gothorum*. Conviniendo todos en el hecho principal, difieren lastimosamente en cada uno de sus antecedentes, circunstancias y pormenores. Nosotros hemos cotejado detenidamente las historias arábicas con las cristianas, y basado nuestra relación en lo que nos ha parecido más autorizado y también más verosímil: teniendo presentes entre las crónicas é historias cristianas las del continuador del Viciarense, de Isidoro de Beja, de Sebastián de Salamanca, del monje de Silos, de Rodrigo de Toledo, la general de Alfonso el Sabio, las de Morales, Mariana, Ferreras, Flórez, Mondéjar, Pellicer, Masdeu, con los anotadores é ilustradores de unos y otros; y entre las arábicas, los autores de Casiri, Conde, Gayangos y Lembke, creyéndonos dispensados de citar las discordancias que se notan en Ebn Hhayan, Ebn Kaldun, Abulfeda, Abu Abdalla, Abul Hasan, Ebn Khalkan, Ebn Al Khatib, etc., que prolijamente mencionan los historiadores extranjeros. En cuanto al año de la invasión y tiempo en que se dió la batalla, creemos que se marcha ya de acuerdo desde que se ha fijado bien la correspondencia y relación de los años de la hégira con los de la era cristiana.

(1) Fr. Luis de León, Oda.

suyos.... España, que en otro tiempo fué llagada por espada de los romanos, despues que guaresciera é cobmenzára por melezina é bondad de los godos, estonces era quebrada, pues que eran muertos é aterrados quantos ella criara. Olvidados le son los sus cantares, el su lenguaje ya tornado es en ajeno, ó en palabra extraña.. España mezquina cató la su muerte; fué cuitada, que solamente non fincó aquí ninguno que la llantée: llámenla dolorida, é mas muerta que viva. Suenan la su voz así como en el otro siglo, é sale la palabra así como de so tierra; é diz con la gran cuita: Los omes que pasades por la carrera, parad mientes, é ved sy hai cuita nin dolor que semeje con el mi dolor. E llantos dolorosos é alaridos España lloró. Los sus ojos non se pueden conortar, porque ya non son. Las sus casas, é las sus moradas todas fincaron yermas é despobladas. La su honra, é la su prez tornada es en confusion, ca los fijos é los sus criados todos murieron á espada. Los nobles fijodalgos cayeron en captivo. Los príncipes é los altos homes idos son en deshonor é en denuesto: los buenos combatientes perdiéronse en extremo, é los que antes estaban libres, estonces se tornaron en siervos.... El que fué fuerte y corajoso murió en la batalla; el corredor é ligero de piés non guaresció á las saetas.... ¿E quién daría á mí agua, con que toda mi cabeza fuese bañada, é mis ojos fuentes, que siempre manasen lágrimas, porque llorasen é plañiesen la pérdida, é la muerte de los de España, é la mezquindad, é el aterramiento de los godos? Aquí se remató la santidad é religion de los obispos é de los sacerdotes; aquí quedó é menguó el abondamiento de los clérigos que servian las iglesias; aquí peresció el entendimiento, é el enseñamiento de las leyes de la santa fe, é los padres é los señores todos perescieron en uno.... Toda la tierra astragaron los enemigos, é las casas hermieron, los homes mataron, las cibdades robaron é tomaron.... Quanto mal sufrió aquella Babilonia, que fué la primera é mayoral en todos los reinos del mundo, quando fué destroida del rey Ciro é del rey Darío.... é quanto mal sufrió Roma, que era señora de todas las tierras, quando la tomó é la destruyó Alarico, é despues Ataulfo, rey de los godos, é despues Genserico, rey de los vándalos; é quanto mal sufrió Jerusalem, que segun la profecía de nuestro Señor Jesuchristo fué derribada é quemada, que non fincó piedra sobre piedra; é quanto mal sufrió aquella nombre de Cartago, quando la tomó é la quemó Scipion, cónsul de Roma; dos tanto mal, é mas que aquesto sufrió la mezquina de España, desamparada, ca en ella se ayuntaron todas estas coitas, é tribulaciones.... (1).»

Antes de proseguir la historia de la fatal desgracia, hagamos aquí un descanso, y examinemos la condición del pueblo godo en lo religioso, en lo político y civil, y lo que legó á España para su vida futura quando fué destruído.

(1) Crónica de España por don Alfonso el Sabio, pág. 202 y sig.